

acusadores. Es cierto que en esa contestacion muestra que en algunos puntos no ha habido completa exactitud en el relato de los autores de la refutacion; pero en cambio deja sin tocar las cosas mas esenciales que son precisamente en las que aquellos fundan sus cargos. A lo que asienta el teniente coronel D. Agustin Pradillo, diciendo que al llegar á la plazuela de la Cruz vió á Lopez en union de muchos jefes y oficiales republicanos, montado en su caballo colorado y que al pasar cerca de él, volvió la cara para no mirarle, contesta D. Miguel Lopez con estas palabras: «Por toda contestacion diré á Pradillo que miente; no estaba yo montado; estaba pié á tierra y aún pretendía hablarle.» Ya se ve que para el punto vital de la cuestion, el que

1867. Mayo. estuviese á caballo como asienta Don Agustin Pradillo ó bien se hallase á pié, no tiene importancia alguna.

Tambien rechaza D. Miguel Lopez en su contestacion, el aserto de sus impugnadores en que asientan que la densa oscuridad de la noche y el silencio con que se ejecutó el movimiento para penetrar en la Cruz, impidió que se descubriese desde la altura de la torre á los republicanos. Dice que «en cuanto á la densa oscuridad de la noche que mencionan sus impugnadores, es absolutamente falsa. La noche no era oscura sino de luna y muy clara.»

Respecto de este punto, lo único que puedo asegurar es que no hay uno solo de los que han escrito sobre los hechos de Querétaro, que no asiente que la noche era sumamente oscura, lo cual inclina á creer que D. Miguel Lopez ha sufrido un error. El escritor republicano Don

Juan de Dios Arias, á quien no podrá suponerse que tenía animosidad contra D. Miguel Lopez, dice que el general republicano D. Francisco Velez organizó su fuerza, y que «los accidentes del terreno, los matorrales y los escombros, no ofrecían á la tropa en *la oscuridad de la noche* un camino conocido», por lo que se dispuso avanzar con el mayor sigilo (1).

D. Miguel López hace notar un error en que ciertamente incurrió, como tengo manifestado en su lugar correspondiente, el teniente coronel D. Agustin Pradillo, al asentar que el coronel republicano D. Pedro Rincon Gallardo fué quien acercándose al emperador y los que iban con él cuando salía del convento de la Cruz, dijo á los soldados que les dejasen pasar; que eran paisanos, no obstante que todos llevaban uniforme. Lopez dice, y en ello tiene razon, que él fué quien deseando salvar al emperador y su séquito, aseguró á los soldados, que eran particulares y no militares los detenidos, con lo cual logró su intento. Este paso revela su aprecio personal hácia Maximiliano y un sentimiento de gratitud; pero no destruye de manera alguna la acusacion de que había puesto á disposicion de los sitiadores el punto de la Cruz. Por el con-

1867. Mayo. trario, sus acusadores han encontrado en ese mando que ejercía sobre los soldados que penetraron en el fuerte, una prueba de que fueron conducidos por él. Por eso en la impugnacion á su manifiesto preguntan sus autores, «¿qué especie

(1) «Reseña histórica de la formacion y operaciones del cuerpo de ejército del Norte» por D. Juan de Dios Arias.

»de prisionero era Lopez, cuando según él mismo dice,
 »unas veces, como en la Huerta, alejaba al enemigo á
 »su arbitrio durante horas enteras, y otras, como en el
 »momento de hablar con el emperador, ofrecía ir á
 »procurar detenerlo?»

Sería injusto negar que D. Miguel Lopez anhelaba conseguir que Maximiliano lograra salvarse. En la entrevista tenida con el general republicano D. Mariano Escobedo, se esforzó en alcanzar para el emperador la vida y la libertad. El escritor republicano D. Juan de Dios Arias asienta que «se afaná hasta la terquedad, hasta la angustia, para que Escobedo ofreciera siquiera una garantía vaga en favor de Maximiliano;» pero que el general en jefe sitiador, cumpliendo con las órdenes que tenía recibidas de su gobierno, nada pudo ofrecerle.

En su contestación á las observaciones hechas á su manifiesto por los jefes prisioneros, expresando el deseo de salvar al emperador, dice: «Corrí á alcanzar al »desgraciado príncipe. Le rogué que se dejase guiar »por un hombre de mi confianza que le sacaría á caballo, que se dejara conducir á una casa para ser »ocultado, y que de ella saldría en la noche, mas él »se negó.»

Este deseo de D. Miguel Lopez en salvar á Maximiliano, era laudable; pero la negativa del emperador viene á demostrar que no le comisionó jamás para que pidiese al general republicano Escobedo que le permitiese salir con solo su séquito y una corta escolta. Si cuando contaba con cinco mil hombres y conservaba todas sus posiciones hubiese solicitado salvarse dejan-

do abandonado su ejército, con más razón habría aceptado la proposición de D. Miguel Lopez de salvarle, cuando todo estaba perdido y casi todas sus fuerzas se hallaban prisioneras. Si prefirió arrostrar los peligros

1867. á salvarse solo, cruzando por medio de numerosas fuerzas republicanas, con unos

cuantos jefes leales, más resuelto debió estar á vencerlos cuando se hallaba al frente de cinco mil soldados resueltos á abrirse paso, tenía fé en conseguirlo, y había dispuesto la salida de la plaza rompiendo el sitio.

D. Miguel Lopez insistiendo en su contestación en probar que lo que asentó en su manifiesto respecto á las municiones y pistones fabricados en la plaza, eran de mala calidad y hacían imposible la defensa de la ciudad por más tiempo, se expresa en términos bastante duros del general imperialista D. Manuel Ramirez Arellano, que todo lo dirigía. A demostrar que se ha equivocado en sus apreciaciones se presentó inmediatamente el instruido abogado D. Joaquin M. Alcalde, persona notable del partido republicano, no ménos apreciable por su saber y capacidad como por su honradez, sinceridad, fina educación y distinguidas maneras. «Estas municiones,» dice el referido abogado hablando de las fabricadas en Querétaro, «eran perfectas, porque las elaboraban artificieros de artillería, »que cuentan más de treinta años de servicios, y por »consiguiente de práctica; porque estos trabajos los dirigían inmediatamente el oficial de cuenta y razón »D. Jesús Arizmendi, que es muy inteligente en la »materia, y porque además de esto, Arellano visitaba »dos ó tres veces al día aquella sala; examinaba con

»escrupulosidad todo el parque, y todavía despues lo
 »hacía reconocer nuevamente en el almacen general
 »de San Francisco, por el asídúo comandante del par-
 »que D. Félix Becerra...

»Con las municiones construídas con los productos
 »de los establecimientos de artillería, improvisados en
 »Querétaro, se atacó el Cimatario, y se batieron el me-
 »son de la garita de Méjico y la hacienda contigua de
 »Calleja. Allí están esos sólidos edificios diciendo con
 »sus estragos, hechos en una hora, que Lopez falta á
 »la verdad... La bondad de todas las cosas es relativa y
 »no absoluta: las cápsulas de papel comparadas con las
 »de metal, son malísimas; pero vistas en sí mismas, y
 »empleadas como un medio supletorio, *las construídas*
 »*en Querétaro y segun instrucciones de Arellano y ba-*
 »*jo la inmediata direccion del laborioso tenientecó ro-*
 »*nel D. Valeriano Loza, fueron inmejorables, y exce-*

1867.

»dieron con mucho á las indicadas en la
 Mayo. »página 258 de la ayuda de memoria de

»artillería...

»Con esas cápsulas dieron los sitiados sus más sérios
 »ataques al Cimatario, á la garita de Méjico y al cerro
 »de San Gregorio; con esas cápsulas se sostuvo la pla-
 »za la mayor parte del tiempo que fué defendida. Te-
 »nemos en nuestro poder esas cápsulas que se constru-
 »yeron en Querétaro. Si Lopez quiere, *le probaremos*
 »*prácticamente ante un concurso público, que es fal-*
 »*so cuanto ha dicho á este respecto...*

»Nada es más grato á las almas generosas que hacer
 »justicia á los vencidos. De lo contrario, y pasando por
 »las consejas de Lopez, *¿cuál sería la gloria de nuestro*

»*triunfo despues de estar sesenta días atacando á un*
 »*enemigo ignorante, cuyas municiones no servían,*
 »*cuya pólvora no tenía el alcance suficiente, y que de*
 »*más á más no podía hacer un fuego vivo? ¡Calumnia!*
 »*¡Impostura! Las armas de la república han vencido*
 »*en Querétaro al valor, á la inteligencia, y esto es lo*
 »*que constituye el mérito de nuestra victoria.*

»Cuando Lopez pueda ojear un autor cualquiera de
 »historia militar, sabrá: *que desde la invencion de las*
 »*armas de fuego hasta el año del Señor de 1867, Que-*
 »*rétaro es la primera plaza en el mundo que se sos-*
 »*tiene usando cápsulas de papel y construyendo sus*
 »*municiones en seis establecimientos de artillería, im-*
 »*visados bajo el fuego de un ejército sitiador.* Sabrá
 »que Querétaro es la primera plaza, donde luchando
 »el jefe de artillería con un comercio mezquino, con
 »una industria pobre y atrasada, y con otros gravísi-
 »mos inconvenientes, que algun día se revelarán y pro-
 »barán, se construyeron cápsulas, se fundieron pro-
 »yectiles, se carbonizaron las maderas, se estrajo el
 »salitre, se recompuso la artillería, se engranaron las
 »piezas sin maquinaria, se fabricaron turquesas para
 »todos los diversos calibres del armamento, y se ela-
 »boraron centenares de miles de municiones, sin que
 »llegara el caso, frecuentísimo en la guerra, de sucum-
 »bir por falta de ellas.»

Respecto del punto en que los jefes imperialistas
 prisioneros presentaban á D. Miguel Lopez como la
 persona que había facilitado la entrada en la Cruz á
 los sitiadores, por haberle visto acompañando al gene-
 ral republicano D. Francisco Velez en sus disposicio-

1867. nes para relevar las guardias imperialistas
 Mayo. con tropas liberales, su contestacion está muy léjos de convencer que, «estando yo hecho prisionero», dice D. Miguel Lopez, «ofrecí al señor general Velez que, supuesto que ya habíamos perdido, era preciso evitar la efusion de sangre, y que para el objeto yo mismo haría que mis soldados que estaban dentro de la huerta rindiesen las armas; en esta operacion me estuve cerca de dos horas hasta que amaneció, y comprendí que Maximiliano se había ya salvado, como sucedió, así como al general Castillo y todo el séquito de Maximiliano; si esto no hubiera sido así, les hubieran sorprendido durmiendo en sus alojamientos.» Acabar de llegar del campo sitiador despues de tener una conferencia con el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo; recibir una negativa de éste respecto á garantías para el emperador; caer prisionero sin haber visto llegar á la posicion á los sitiadores, cuando como jefe del punto y por la negativa recibida debió redoblar la vigilancia y ordenar que hiciesen lo mismo los comandantes de los puestos más comprometidos; dar por vencido á todo el ejército con sólo haber sido sorprendido él; ofrecerse á desarmar á sus tropas sólo para evitar la efusion de sangre en el combate, y haber aceptado el general republicano su cooperacion sin más garantía que su simple manifestacion de humanidad, dejándole obrar libremente por varias horas, siendo obedecido por los soldados republicanos en todas sus disposiciones, reunion de circunstancias perfectamente eslabonadas son, no las más á propósito para persuadir de una firme lealtad hácia la causa del imperio. Una cosa de que no se puede dudar exis-

te, sin embargo, en esas palabras de D. Miguel Lopez; que por él lograron salir de la Cruz el emperador, el general Castillo y los que le acompañaban. Si no hubiese tenido empeño en salvar á Maximiliano, habría dirigido á los republicanos á las piezas en que dormía, sin detenerse en desarmar las diversas guardias del punto de la Cruz.

Varios son los asertos consignados por los jefes imperialistas prisioneros en su refutacion al manifiesto de Don Miguel Lopez, que este deja sin tocar en su contestacion. Entre esos asertos hay uno altamente im-

1867. portante, en que el teniente coronel Don

Mayo. Agustin Pradillo, oficial de órdenes de Maximiliano, dice lo siguiente: «en una visita que los coroneles D. Pedro y don José Rincon Gallardo hicieron al emperador en la prision de la Cruz, le refirieron los pormenores respecto á la manera con que Lopez había entregado su línea: esta conversacion la escuchaban tambien el coronel Salm y D. José Blasio. Apelo si fuere necesario á la conocida caballerosidad de los señores Rincon y Gallardo.»

Este hecho, que lo refiere tambien el príncipe Don Félix de Salm Salm, que estaba con Maximiliano, no ha alcanzado en la contestacion de D. Miguel Lopez, refutacion. Su silencio en este asunto, y el no haber negado los apreciables y caballerosos coroneles republicanos mencionados por el teniente coronel imperialista Pradillo la referida conversacion con Maximiliano, arguyen que el aserto no ha sido una invencion.

La acusacion de los jefes imperialistas prisioneros refutando el manifiesto de D. Miguel Lopez, presentándole entregando el punto de la Cruz á los sitiado-

res, está ya confirmada por el respetable escritor republicano de aquel país D. Manuel Payno, en su «Compendio de historia de Méjico,» adoptada por el gobierno mejicano, para el uso de los establecimientos de instruccion pública. En la tercera edicion de esa obra, página 273, impresa en Méjico en 1874, dice hablando de los combates verificados en el sitio de Querétaro: »cosa de dos meses duró esa lucha, hasta que lográndose establecer inteligencias con algun punto de la plaza por medio del coronel Lopez, se decidió por el general Escobedo una tentativa, que siempre debe reputarse en la guerra como muy atrevida.»

Permitir el gobierno republicano que acababa de triunfar, que en la obra que sirve de texto en las escuelas públicas se asentase como hecho histórico incontrovertible, que debido á las inteligencias establecidas entre Lopez y los sitiadores se logró la terminacion de la lucha en Querétaro, es manifestar que el hecho pasó de la manera referida por los que han acusado á D. Miguel Lopez de deslealá la causa del imperio.

Todos los que habían militado bajo las banderas del imperio en Querétaro y podían visitar al emperador, lo hacían para manifestarle su adhesion nunca más consoladora que en el infortunio.

D. Miguel Lopez, no obstante hallarse libre para poder hacerlo, no se presentó en su prision.
1857.
Mayo. No ir á verle en la desgracia cuando desde el momento que fué ocupado el punto de la Cruz, dió varios pasos para salvarle, era revelar tener de recibir censuras en vez de agradecimientos.

D. Miguel Lopez con la entrega del punto de la Cruz,

se atrajo el odio de sus compañeros de armas, sin ganar el aprecio de los republicanos.

Vió fallida la esperanza de que no caería prisionero el emperador.

Se encontró aislado de la sociedad que frecuentaba; y ni aún llegó á recibir la suma completa de doce mil duros que representaban las libranzas que, como dejo referido, le habían sido enviadas, sinó solamente cinco mil seiscientos duros.

Pocos momentos despues de haber sido ocupada la ciudad de Querétaro y de haberse rendido el emperador, el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo, comunicó por telégrafo la noticia al gobierno de D. Benito Juarez. El telégrama fué recibido en San Luis Potosí, donde residía el expresado gobierno, á las cuatro de la tarde del mismo día 15.

La alegría del partido republicano fué intensa.

La tristeza del imperialista, profunda.

Ya sólo quedaban á éste la capital y la plaza de Veracruz. La primera, sitiada: la segunda sin posibilidad de favorecer á los sitiados.